

faltado (1). Pero la resistencia era inútil, y casi en el mismo instante se vieron desarmados y presos. Los que se hallaban en la lancha, temiendo el mismo suceso, empezaron á bogar huyendo hácia el buque. Algunos soldados quisieron entonces disparar sus arcabuces sobre los fugitivos para obligarles á rendirse; pero Cortés se opuso á ello, diciendo «que les dejasen ir en paz á dar cuenta del suceso á su capitán» (2).

Terminada de esta manera la jornada, Cortés emprendió su vuelta á Cempoala con diez hombres mas para su ejército, y libre del temor que le habia asaltado de verse intervenido en sus operaciones.

Los preparativos para emprender la marcha sobre Méjico se activaron, y pronto estuvo dispuesto para salir de la capital totonaca.

Juan de Escalante, en quien Cortés tenia una completa confianza, quedó en la Villa Rica con cincuenta hombres de guarnicion. Era hombre de nobles sentimientos y de una lealtad inquebrantable. El jefe español conocia toda la importancia que tenia la conservacion de aquel puerto, y eligió, por lo mismo, á la persona que reunia las dotes mas elevadas de fidelidad y de honradez. Escalante, obrando como cumplido caballero, resistiria hasta el heroismo á cualquiera que se presentase con su flota á tratar de ocupar la provincia, y mantendria la mas completa armonía con los habitantes del reino totonaco.

Cortés reunió á los caciques y señores de la provincia y

(1) La misma carta segunda.

(2) «Y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mando á su capitán.»—Bernal Diaz del Castillo.

les recomendó que auxiliasen al hombre que dejaba representando su persona, con los víveres necesarios y con el mayor número de gente posible, para terminar las obras de fortificacion de la nueva ciudad; que nada temiesen de parte de Moctezuma; pero que en cualquier conflicto inesperado que les sobreviniese, acudiesen al jefe español que les dejaba, pues les aseguraba que mientras permaneciesen fieles al emperador Cárlos V, y firmes en la religion católica, nunca se verian abandonados de los hijos de Castilla.

Recibidas de nuevo las protestas de fidelidad, y ratificada la alianza con los totonacos, se formó el ejército para partir. Se componia de cuatrocientos infantes españoles y quince de caballería, con siete cañones, cuyo calibre mayor era de libra y media: de los auxiliares totonacos, que ascendian á mil trescientos, y de doscientos *tamemes* ó indios de carga, encargados de llevar la artillería y los bagajes.

Como se ve, el ejército habia perdido desde su llegada al país, ochenta soldados, puesto que veintidos habian ingresado últimamente con los pertenecientes á la flota de Garay y los que arribaron con Francisco de Saucedo á la Villa Rica.

Cortés, colocándose delante de sus soldados, les dirigió otra alocucion en que sin ocultar los peligros de la empresa, presentaba la gloria y las ventajas que á cada uno resultarian del triunfo. Les dijo «que ya sabian la árdua y penosa jornada que emprendian; pero que, puesta su confianza en Jesucristo, no dudaba, mediante su favor, salir triunfante de todos los combates en que

se viesen empeñados; que estuviesen dispuestos á la lucha y prontos á ayudarse, pues en cualquiera parte que fuesen desbaratados, serian perdidos para siempre. No tenemos, añadió, mas socorro que el de Dios, puesto que no contamos con buques para volver á Cuba. Confíemos, pues, en él, y ayudados de nuestro buen pelear y corazones fuertes, la victoria será nuestra» (1).

Los soldados, arrebatados de entusiasmo, y participando de las ideas caballerescas de su querido general, respondieron á una voz, que «estaban dispuestos á seguirle á donde quiera que les condujese, pues no tenían mas voluntad que la suya».

Las tropas totonacas, aunque no comprendian las palabras dichas por el jefe español, se sentian animadas del espíritu belicoso que notaban en su fisonomía.

Cuarenta de los principales personajes nobles de Cempoala, acompañaban á Cortés en su expedicion. El jefe español habia solicitado su concurso en aquella campaña para que le condujesen por el camino mas propio, le ayudasen con sus consejos en las provincias cuyas costumbres conocian, y fuesen á la vez garantía de la lealtad ofrecida, dejando asegurada así la corta guarnicion que

(1) «Que ya habíamos entendido á qué íbamos, y mediante Nuestro Señor Jesucristo habíamos de vencer todas las batallas y reencuentros, y que habíamos de estar tan prestos para ello como convenia, porque en cualquier parte que fuésemos desbaratados (lo cual Dios no permitiese) no podríamos alzar cabeza por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni ayuda, sino el de Dios, porque ya no teníamos navios para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes.»—Bernal Díaz.

dejaba á las órdenes de Juan de Escalante. Todos eran valientes guerreros, que se habian distinguido por sus hechos de armas, y enemigos irreconciliables de los mejicanos. Los que mas se distinguian por su talento y heróico valor, eran *Teuch*, *Mamexi* y *Tamalli*, que iban al frente de sus guerreros, y cuyos servicios fueron de alta importancia para Cortés (1).

El jefe español, pronto ya á partir, abrazó al cacique de Cempoala; le recomendó su devocion á la cruz y el aseo del templo; le pidió que no permitiese sacrificar víctimas humanas, y se despidió diciéndole que contase siempre con su amistad y con el apoyo de los castellanos.

1519. Era el 16 de Agosto de 1519. Los expedicionarios, despues de haber permanecido Agosto 16. Sale el ejército de Cempoala. cuatro meses en la costa de Veracruz, salian de Cempoala hácia el interior del vasto país de Anáhuac. Hernan Cortés empezaba aquella jornada, como él mismo dice al emperador Cárlos V, con la firme resolucion «de ir á ver, do quiera que estuviese, á aquel gran señor que se llamaba Moctezuma, y haberlo preso ó muerto ó súbdito á la corona real de Vuestra Majestad». El ejército emprendió su marcha por en medio de floríferas campiñas y frondosas arboledas que sombreaban el risueño camino, mitigando la fuerza de los fulgentes rayos solares. La elevada caña del maíz, orillando de uno y otro lado la senda, ostentaba sus doradas mazorcas, oscilando suavemente al soplo leve de una brisa impreg-

(1) «Cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros, y nos ayudaron mucho en aquella jornada.»—Bernal Diaz del Castillo.

nada de aromas. La sarmentosa vainilla, cuajada de simientes negras, exhalaba su dulce fragancia, uniéndola al delicado olor desprendido de las hermosas y encarnadas flores del elevado árbol de la pimienta (1). Bosques inmensos del árbol del cacao, de lisas, duras y lustrosas hojas, se extendían en todas direcciones, dejando descubrir el rojo y delicado fruto que proporcionaba una de las bebidas más delicadas del país, y numerosas plantas de algodón, de amarillentas y vistosas flores, remedaban á lo lejos una alfombra bordada de oro y seda. La anana, el mamey, el chirimoyo, la piña, la ciruela y otra multitud de variadas y jugosas frutas se presentaban al paso, brindando al fatigado soldado á mitigar la sed devoradora, y millares de canoras aves de brillante plumaje, agitando las pintadas alas en la verde enramada, parecían saludar á los que se alejaban de sus pacíficas florestas. La naturaleza, desarrollando con vigorosa fuerza en aquella region cálida y exuberante sus preciosos dones, se manifestaba espléndida y majestuosa.

El pequeño ejército, no contando con repuestos de ropa ni de objetos de comodidad, y no necesitando los sufridos soldados de indios de carga para que les llevaran su bagaje, pues nada tenían más que sus armas, con las cuales caminaban y dormían, marchaban con soltura, detenién-

(1) El árbol se llama *xocoxochill*: sus hojas tienen el color y el brillo de las del naranjo; las flores son parecidas á las del granado y de un olor delicado como es también el de sus hojas. El fruto lo da en racimos, siendo verdes al principio y tomando después un color casi negro.

dose solamente en algún mal paso para los que conducían los cañones (1).

Cortés había resuelto dirigirse á Méjico, cruzando por la república de Tlaxcala, enemiga de los mejicanos, y con la cual se lisonjeaba establecer amistosas relaciones.

La tropa marchaba con todas las precauciones que se observan en la guerra. Una descubierta de cinco hombres de caballería, iba á una distancia conveniente, para dar aviso de la menor novedad que se presentase.

Era la estación de las lluvias, que en aquellas regiones empiezan en el mes de Junio y terminan al comenzar Octubre, cayendo generalmente de tres á cuatro de la tarde, brillando sereno el cielo durante las demás horas del día. La tierra, á causa de esas lluvias que refrescan la atmósfera neutralizando el calor de los rayos solares, se encontraba blanda y resbaladiza, haciendo, en algunas partes, difícil su paso.

El ejército, después de haber caminado durante toda la mañana sin detenerse un instante, empezó la subida gradual de la pintoresca cordillera que conduce á la mesa de Méjico. Poco antes de la caída del sol del siguiente día, llegaban las fuerzas expedicionarias á Jalapa, pintoresca población, graciosamente situada, que aun con-

(1) «Y más nos dieron docientos tamemes para llevar la artillería; que para nosotros los pobres soldados no habíamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar, porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodela y todo otro género dellas, con ellas dormíamos y caminábamos, y calzamos nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y como he dicho siempre, muy apercebidos para pelear.» — Bernal Díaz del Castillo. *Hist. de la Conquista*.

serva su antiguo nombre, y en cuyos alrededores crece abundantemente la rojiza y medicinal planta de igual denominacion, de que usaron antes de la conquista los médicos aztecas. Se levanta Jalapa, jardin hoy de vistosas flores del estado de Veracruz, en el descenso de la mesa central de la costa, al pié del cerro de Macuiltepec, á una altura de mil trescientos veinte metros sobre el nivel del mar: espesos bosques de frondosos y elevados árboles le rodeaban, como hoy le cercan hermosas arboledas y pintorescas campiñas, cubiertas siempre de flores y de frutas. Favorecida de una temperatura suave y blanda y de una atmósfera que, aunque humedecida con los vapores del Océano, asocia las inestimables condiciones de salu- tífera y aromática, Jalapa se presentaba á los españoles como el oasis exento de la mortal influencia de las terribles enfermedades de la costa, y de los terribles extremos del sofocante calor y del excesivo frío. Allí veian estacionada esa continua Primavera, que mantiene constantemente el esmaltado verdor de la campiña, y vestidos de espeso ramaje los árboles y los arbustos. La perspectiva que presentaba la naturaleza que rodeaba á la pintoresca villa, no podia ser mas seductora. Imponente y majestuosa se levantaba á un lado la Sierra Madre, con sus variadas producciones, sus severos bosques de pinos y sus graciosos collados. Bellas praderas, cubiertas de preciosas plantas, que cual ricos pebeteros de la campiña impregnaban la atmósfera de dulcísima fragancia, se extendian á sus piés; y como vigilante custodio de su tranquilidad y de su ventura, se levantaba á cinco mil trescientos noventa y cinco metros sobre el nivel del

mar, el volcánico Pico de Orizaba, la gigantesca montaña que los mejicanos llamaban Zitlaltepétl, esto es, *Montaña de la estrella*, y que cubierta constantemente de nieve su cima, parece el genio del tiempo velando por los pueblos que se formaron á su vista.

Jalapa, que significa *agua de arena*, era, aunque pintoresca, una villa pequeña, fundada por los emigrantes tlaxcaltecas, cuando abandonando los valles de la sierra conocida actualmente con el nombre de Malinche, se esparcieron por la del Cofre de Perote, conducidos por dos valientes caudillos (1). Hacia tiempo que la risueña villa, sucumbiendo al poder de los aztecas, era tributaria de la corona de Méjico. La llegada de los españoles les hizo pensar en sacudir el yugo de Moctezuma, y siguiendo el ejemplo de los totonacos, que eran sus amigos, recibieron afectuosamente á Hernan Cortés, á quien obsequiaron con abundantes víveres.

Después de algunas horas de reposo, el ejército continuó su marcha por tortuosos y ásperos caminos, pasando por Texotla y algunas cortas estancias de sencillos labradores. La fisonomía del país iba cambiando á medida que los expedicionarios se alejaban de las regiones cálidas. La campiña, el cielo, el aire, la traza de las plantas, el plumaje de las aves, el fruto de los árboles, el color de la yerba, todo presentaba un aspecto distinto.

Al cabo de cuatro dias de un viaje penoso, por la dificultad de pasar la artillería por sendas intransitables, llegó el jefe español con sus tropas á la provincia de Sien-

(1) Se llamaban estos caudillos Atzonematl y Cipactezutli.